

Blaise Pascal. Vigencia de su pensamiento filosófico

Blaise Pascal. Validity of his philosophical thought

Blaise Pascal. Validade de seu pensamento filosófico

Pablo E. García¹

Resumen: me centraré en tres cuestiones que considero relevantes para la situación cultural actual: “Grandeza y miseria del hombre”, “Deseo, búsqueda, encuentro y vida. Un corazón inquieto por la verdad”, “Fe, religión y filosofía: un Dios personal”.

Palabras clave: Pascal, filosofía.

Abstract: I will focus on three questions that I consider relevant to the current cultural situation: “Greatness and misery of man”, “Desire, search, encounter and life. A heart restless for the truth”, “Faith, religion and philosophy: a personal God”.

Keywords: Pascal, philosophy.

Resumo: Centrar-me-ei em três questões que considero relevantes para a situação cultural atual: “Grandeza e miséria do homem”, “Desejo, busca, encontro e vida. Um coração inquieto pela verdade”, “Fé, religião e filosofia: um Deus pessoal”.

Palavras-chave: Pascal, filosofia.

¹ Universidad de Montevideo. Doctor en Filosofía por la Universidad de Navarra (España). Contacto: p.garcia@um.edu.uy

Introducción

¿Qué sentido tiene para nosotros, hombres y mujeres del siglo XXI, dedicar una parte de nuestro tiempo a pensar sobre un científico y filósofo del siglo XVII? ¿Qué valor tendría su propuesta para quienes tienen conciencia de que la ciencia, en particular la medicina, reclama una actualización permanente ante la avalancha de artículos relevantes en esta área? Tal vez, recordar los logros de alguien, que para su tiempo fue un adelantado, amerita nuestra atención; sin embargo, desde el punto de vista filosófico pretendemos algo más: queremos recordarlo. Como indica la etimología de esta palabra, recordar es pasar por el “corazón”. Cuánto más vale esto para Pascal, que entendía al “corazón” como centro de la persona en el que reside tanto lo afectivo como el orden del conocimiento. Por tanto, recordarlo es pensar y vivenciar sus inquietudes y respuestas, y desde allí pensar por nosotros mismos asumiendo todo lo que de verdad haya en él. Así, leer a Pascal requiere dejarse interpelar y responder a temáticas que tienen plena vigencia.

Aunque la riqueza del pensamiento de este filósofo francés amerita una dedicación más extensa, aquí solo me centraré en tres cuestiones que considero relevantes para la situación cultural actual: “Grandeza y miseria del hombre”, “Deseo, búsqueda, encuentro y vida. Un corazón inquieto por la verdad”, “Fe, religión y filosofía: un Dios personal”.

Grandeza y miseria del hombre

En el último siglo, Kierkegaard, Nietzsche y Sartre, entre otros, han dado muestra de que la filosofía puede elaborarse teniendo como centro de reflexión a la persona concreta, partiendo de las propias vivencias; de allí que hayan sido calificados como filósofos existencialistas. Aunque pertenece a otra etapa histórica, Pascal también puede entenderse como un filósofo de la existencia, ya que en sus textos podemos constatar que la propia biografía se entreteje con la reflexión filosófica para entender, fundamentalmente, la vida del ser humano. Pascal nota que estamos entre dos infinitos: lo infinitamente grande y lo infinitamente pequeño; y esto lo lleva a preguntarse por el sentido de la vida y por aquello que nos caracteriza como personas. En *Pensamientos*, nos presenta al ser humano como una paradoja de grandeza y miseria. El existente concreto no puede explicarse solo desde una faceta. Nuestra propia vida nos muestra que es así; nos entendemos tanto desde las

capacidades y logros, como desde la fragilidad y pequeñez de nuestras decisiones. Todo esto forma parte del mosaico que va configurando nuestra historia personal.

Con su capacidad de escritura sintética e incisiva, Pascal nos presenta la dignidad del hombre de esta manera:

El hombre no es más que una caña, la más débil de la naturaleza, pero es una caña pensante. No hace falta que el universo entero se alce en armas para aplastarlo; un vapor, una gota de agua bastan para matarlo. Mas, aun cuando el universo lo aplastara, el hombre seguiría siendo más noble que lo que lo mata, puesto que él sabe que muere y sabe la ventaja que el universo tiene sobre él. El universo nada sabe de ello.

Toda nuestra dignidad consiste, pues, en el pensamiento. A ello es a lo que nos es preciso remitirnos y no al espacio ni a la duración, que no sabríamos llenar. Trabajemos, pues, en el bien pensar: éste es el principio de la moral (L 200).

Este texto, de gran riqueza antropológica —aunque también cosmológica y moral—, comienza mostrando que el núcleo de la grandeza del hombre no reside en la materialidad o en lo cuantitativo. Desde el punto de vista físico, hay cosas más robustas y duraderas que nuestro cuerpo; ante el mínimo desequilibrio nuestro organismo pierde las fuerzas, hasta incluso la vida. ¿Acaso no fue lo que pudimos constatar en carne propia hace muy poco cuando en 2019 un virus obligó al mundo entero a reconocer la fragilidad de nuestra constitución? ¿Acaso los médicos no experimentan cotidianamente cómo virus y bacterias, infinitamente pequeños en comparación con el ser humano, nos atormentan hasta quitarnos las fuerzas vitales?

La vulnerabilidad es parte ineludible de nuestra existencia por el hecho de tener una dimensión corpórea. Todos somos más o menos vulnerables, desde quien está en el vientre materno hasta el que está agonizando al final de su vida. Es nuestra tarea tratar de mitigar la vulnerabilidad en la medida de lo posible, pero carece de sentido pretender negarla, como intenta el movimiento transhumanista en la actualidad (Marcos 2020, p. 143-144).

Somos frágiles, pero —dice Pascal— entendemos esa fragilidad. Somos los únicos que nos damos cuenta de nuestra condición y eso nos hace absolutamente superiores. “La grandeza del hombre es grande en tanto que se conoce miserable; un árbol no se conoce miserable. Es, pues, ser miserable, conocerse miserable, pero es ser grande conocer que se es miserable” (L114).

La conciencia de sí mismo, aunque sea conciencia de la propia fragilidad, manifiesta un modo de ser distinto a un objeto incapaz de esto, aunque ese objeto pueda permanecer en

el tiempo un lapso mayor. Pensemos en el planeta que habitamos o los astros que conforman el universo, que existen desde antes que nosotros y seguirán allí —muy probablemente— luego de nuestra muerte. Esos objetos, sin embargo, no saben que existen; con lo cual están rendidos al acontecer de los hechos y son totalmente dependientes de las circunstancias.

Somos vulnerables, pero pensamos; y eso, en cierta medida, nos hace superar la fragilidad. Pero ¿cómo se plasma concretamente esto? En primer lugar, porque el pensamiento se constituye en instrumento para recomponer el daño sufrido. Nuestra animalidad es frágil y puede padecer por el paso de los años o la influencia de agentes externos, pero el pensamiento permite custodiar la vida, no solo de modo espontáneo o con sentido común, sino haciendo ciencia. En este sentido, la medicina es muestra de la grandeza del ser humano, que ha sido capaz de conocer el funcionamiento de nuestro organismo para darle nuevas esperanzas de vida.

Los médicos entienden muy bien esto porque su tarea los lleva a reconocer la vulnerabilidad de nuestro cuerpo como parte esencial de la vida humana; sin embargo, no se rinden ante esas limitaciones, sino que los impulsan a pensar los modos más adecuados para encontrar vías de desarrollo vital. En los términos de Pascal, podríamos decir que la fragilidad de nuestra naturaleza acompañada del poder de la inteligencia es el fundamento de la tarea de todo médico. Si solo fuéramos una “caña”, no podríamos hablar siquiera de ciencia; si sólo fuéramos pensamiento, inteligencias puras o ángeles, la labor médica tampoco tendría lugar.

¿Y qué pasa cuando no es posible quitar el sufrimiento, cuando sabemos que no hay posibilidad de escapar del dolor? Hablar de esto en el contexto actual, donde algunos de nuestros contemporáneos son calificados como la “generación de cristal”, puede parecer casi violento; pero lo cierto es que a veces no podemos evitar el sufrimiento, aunque nadie quiere el dolor en sí mismo. Por eso, en segundo lugar, podemos afirmar que el pensamiento también nos permitiría superar la vulnerabilidad porque podemos preguntarnos por el sentido del dolor y, encontrándole un significado, somos capaces de vivir esa etapa de un modo distinto.

Cuántos testimonios podrían recolectarse de personas que han podido ver lo valioso de la vida justamente en circunstancias dolorosas. Y habiendo visto lo fundamental de la existencia, todo el resto cobra un significado nuevo. Sabemos que no da lo mismo simplemente vivir que vivir habiendo encontrado sentido a nuestra existencia. Y las respuestas más radicales muchas veces se encuentran ante la experiencia del propio sufrimiento y ante el límite de la vida. De allí que los filósofos clásicos decían que la muerte

es una de las fuentes del filosofar —junto con el amor— porque nos conmociona; nos saca de la labor cotidiana para entender más profundamente la vida.

En tercer lugar, el pensamiento nos permite superar la vulnerabilidad porque es fuente de libertad. No hay libertad sin inteligencia. Solo un sujeto inteligente puede decidir su destino y no ser una marioneta del movimiento de la naturaleza. El autoconocimiento, central en la filosofía desde la propuesta socrática, también es clave para Pascal. Allí reside la posibilidad de encontrar aquellos valores que van a configurar nuestra vida, tanto personal como social. Esto se debe a que podemos alcanzar aquello que no solo hace bien a cada uno o a un grupo, sino lo que nos hace bien a todos, en cuanto somos seres humanos y, a partir de eso, alcanzar criterios morales para vivir en sociedad.

Ahora bien, si queremos tener una visión completa del hombre, la grandeza debe complementarse con la miseria. Pascal nos dice:

Es peligroso hacer ver demasiado al hombre hasta qué punto es igual a las bestias, sin mostrarle su grandeza. Y es también peligroso hacerle ver demasiado su grandeza sin su bajeza. Es aún más peligroso dejarle ignorar una y otra, mientras que es muy ventajoso hacerle notar lo uno y lo otro.

No conviene que el hombre crea que es igual a las bestias ni a los ángeles, ni que ignore lo uno y lo otro, sino que conozca lo uno y lo otro (L 121).

El filósofo francés, con una clara influencia del jansenismo, entiende que la naturaleza del hombre está corrompida. De allí que las tareas del mundo quedan relegadas para él, a tal punto que se recluye en Port Royal. Más allá de que podría criticarse algo de esta visión, Pascal detecta un problema que es propio también de nuestra época: la dificultad para vivir bien el tiempo presente.

Que cada cual examine sus pensamientos. Los hallará totalmente ocupados en el pasado o en el porvenir. No pensamos casi en el presente, y, si pensamos en él, lo hacemos sólo para obtener de él la luz que nos permita disponer del porvenir. El presente no es jamás nuestro fin... Así no vivimos jamás, sino que esperamos vivir. Y disponiéndonos siempre a ser felices, es inevitable que jamás lo seamos (L 47).

Pascal entiende que muchas veces el ser humano es incapaz de mantener su atención en el presente por el hastío o el aburrimiento que le provoca la incapacidad de volver sobre su interioridad. Esta situación de inconformidad lo lleva a querer escapar mediante la diversión

que provocan las cosas del mundo y esto retroalimenta la evasión de sí mismo. Para él, la vanidad es la que nos mantiene en las cosas superficiales, vacías, sin llegar a las cuestiones relevantes de la vida (Lanzi 2023, p. 88).

Para el filósofo francés, esta antropología paradójica de grandeza y miseria debe impulsarnos a reconocer nuestras capacidades. Siguiendo la inspiración agustiniana, podemos decir que el hombre tiene un corazón inquieto por la verdad. Es necesario acrecentar el deseo por ella, para buscarla, encontrarla y vivirla.

Deseo, búsqueda, encuentro y vida. Un corazón inquieto por la verdad

En *Pensamientos*, Pascal afirma:

Tras haber mostrado la bajeza y la grandeza del hombre.

Que el hombre se estime ahora en lo que vale. Que se ame, puesto que hay en él una naturaleza capaz para el bien; mas que no por eso ame las bajezas que hay en ella. Que se desprecie, porque esta capacidad está vacía; mas que no por ello desprecie esta capacidad natural. Que se odie, que se ame: tiene en sí la capacidad de conocer la verdad y de ser feliz; mas no posee verdad, ni constante ni satisfactoria.

Quisiera, pues, llevar al hombre a desear hallarla, a estar presto y liberado de las pasiones, para seguirla allá donde la encuentre, sabiendo hasta qué punto su conocimiento está oscurecido por las pasiones; quisiera que odiase en sí la concupiscencia que por sí misma lo determina, con el fin de que no lo cegara a la hora de hacer su elección, ni lo detuviera cuando haya elegido (L119).

En esta propuesta, el filósofo francés escapa a dos extremos: el irracionalismo y el racionalismo. Por un lado, es un paliativo a las posturas contemporáneas que niegan el valor de la razón, que no reconocen el deseo natural del hombre de llegar a la verdad. Por otro lado, excluye la intención de poseer una comprensión definitiva de la verdad, como pretenden no solo los idealismos, sino también las visiones positivistas y neopositivistas, como la de Comte (1953, cap. 1) y el Círculo de Viena (Asociación Ernst Mach, 2002). En la actualidad, estas propuestas se expresan en la vida cotidiana en una combinación de mentalidad técnica calculadora y vitalidad irreflexiva carente de criterios racionales.

Para Francisco Leocata (2000), Pascal evita la crisis del racionalismo no solo porque evade la despersonalización de la razón (como en Hegel), sino también porque la razón se

entiende vinculada al “corazón”. En línea con los textos sagrados del cristianismo, esta noción indica el centro integrador de la persona, que contiene tanto la razón calculadora, como la posibilidad de un conocimiento intuitivo y la posibilidad de incorporar los sentimientos. En el “corazón” hay un instinto que lleva al hombre a conocer intuitivamente los primeros principios y a amar lo bueno, pero también es la fuente de la razón que busca conocer el mundo (Leocata, 2013, pp. 91-93).

Dada la singularidad del aspecto intuitivo, Pascal muchas veces reduce la noción de “corazón” solo a este ámbito, distinguiéndolo del conocimiento racional o discursivo:

Conocemos la verdad, no sólo por la razón, sino también por el corazón. De esta última manera conocemos los primeros principios; y en vano el razonamiento, que nada tiene que ver con ellos, trata de combatirlos. [...] Puesto que l[os] conocimientos de los primeros principios: espacio, tiempo, movimiento, números, son tan firmes como cualquiera de los que nuestros razonamientos nos proporcionan, y sobre estos conocimientos del corazón y del instinto debe apoyarse la razón y en ellos fundar todo su discurso. [...] Los principios se sienten, las proposiciones se concluyen y todo con certeza aunque por distintas vías. Y es tan inútil, tan ridículo, que la razón pida al corazón pruebas de sus primeros principios para darles su asentimiento, cuanto sería ridículo que el corazón pidiese a la razón un sentimiento de todas las proposiciones que demuestra para querer recibirlas (L 110)

La apertura a la infinitud del mundo da al hombre su grandeza, pero siempre es limitado. No puede dar cuenta de por qué existen en él los primeros principios de su pensamiento, que él mismo no ha causado. “El corazón tiene sus razones que la razón no conoce” (L 423), decía Pascal para expresar esta idea. Hay verdades que no pueden explicarse a través de argumentos, sino que requieren de un conocimiento intelectual y afectivo directo, como la afirmación de que la realidad existe, que estamos en un espacio y tiempo determinados o algunos principios lógicos.

En la propuesta de Pascal, la noción de corazón se complementa con la distinción entre *esprit de géométrie* y *esprit de finesse*, espíritu de geometría y espíritu de finura. Estos conceptos refieren a dos estilos de pensar. El *esprit de géométrie* indica el modo propio de los que aman la exactitud, el razonamiento lógico que deduce una proposición de otras, que busca lo claro y distinto; este es el estilo del científico y resulta fundamental, pero incompleto. Además, se requiere del *esprit de finesse*, que manifiesta la capacidad del ser humano de intuir intelectual y afectivamente algunas verdades. Para entender cosas de la vida

no basta con el *esprit de géométrie*, sino que hay que ser sutil para adentrarse en los problemas de la sensibilidad e intuir verdades que solo se presentan de modo directo.

Puede pensarse esto para el ámbito de las ciencias naturales aplicadas al hombre. La medicina o la psiquiatría poseen un “carácter bifronte”, como sostiene Leocata (2010, p. 305). Por un lado, estas disciplinas requieren del conocimiento propio de la experimentación y cuantificación, pero, por otro, es fundamental referir a los estados subjetivos del paciente, como las sensaciones de dolor o estados afectivos en general. Esta combinación reside en la naturaleza integral del ser humano y fundamenta la captación inmediata de una patología en lo que a veces se denomina como “ojo clínico”².

La propuesta contemporánea de la llamada neurofenomenología, que reconoce la necesidad de “darle al paciente su voz” (Varela 2001) incluso para entender mejor los datos de estudios neurocientíficos, puede entenderse como una extensión de la invitación pascaliana a integrar estos dos estilos de pensamiento. Para Lutz, Lachaux, Martinerie y Varela (2002), considerar el estado afectivo y atencional de los pacientes que participan de los estudios neurocientíficos ayuda a reducir el “ruido” en el análisis de datos.

Es así que para Pascal el ser humano es capaz de llegar a la verdad desde distintas vías, pero no es algo dado de una vez para siempre; es necesario cultivarlo. “Trabajemos, pues, en el bien pensar: éste es el principio de la moral” (L 200), nos dice en sus *Pensamientos*.

En el contexto cultural actual, encontrar algún tipo de actividad intelectual ya es un signo de una vitalidad que no debe despreciarse, pero Pascal es más exigente. No solo debemos pensar, sino que debemos pensar bien. Ya los filósofos clásicos habían notado el valor de la formación de la inteligencia mediante buenos hábitos, que conforman en nosotros una segunda naturaleza, como decía Aristóteles. No da lo mismo pensar cosas erróneas, fuera de la realidad, que lograr un pensamiento que dé cuenta de cómo son las cosas. En las ciencias que tienen una orientación práctica, como la medicina, esto se tiene muy presente, porque de ello depende muchas veces salvar o no una vida. ¿Pero acaso esto no se aplica también a otros ámbitos que, aunque no tienen efectos inmediatos, siempre repercuten en nuestra existencia? ¿No nos interesa llegar a saber realmente, p. ej., si somos libres o solo marionetas del azar, o si la muerte decreta el final absoluto de nuestra existencia o si hay algún tipo de continuidad, o qué acciones son moralmente buenas y cuáles nos perjudican, individual y socialmente? ¿Acaso no resultan esencial incluso para nuestra vida cotidiana las

² Agradezco al Dr. Ricardo Pou esta observación.

preguntas por la felicidad, la existencia del amor desinteresado, la capacidad de conocer la realidad, la cuestión de la dignidad personal, cuál es la relación del ser humano con los animales y el resto del universo? Estos, y otros, también son interrogantes que reclaman la verdad como horizonte del pensamiento, aunque se responden de un modo diverso a como lo hacen las ciencias experimentales.

Entonces, ¿en qué consiste pensar bien? Para Pascal, podemos pensar bien cuando las pasiones no nos obnubilan. La vida afectiva es parte fundamental de nuestra existencia, pero sin orden puede causarnos serias dificultades para llegar a la verdad y para ponerla en práctica. Cuán fácil es perder la objetividad sobre un hecho cuando estamos enojados o experimentamos una alegría desbordante. Muchas veces, pensar bien requiere que ordenemos nuestra afectividad para entender las mejores razones. Y una vez que vemos lo mejor para nosotros o los demás, no termina todo; debemos llevar adelante la acción que entendemos como buena. Qué difícil es mantenernos firmes en la decisión tomada cuando estamos cansados o tristes, o evitar realizar algo cuando el deseo nos empuja a eso. De allí que Aristóteles decía que lo habitual no es el vicioso, sino el incontinente, el que sabe lo que está bien, pero no lo hace por influjo de las pasiones.

Dando un paso al dato de fe, Pascal entiende que esta separación entre la razón, las pasiones y nuestras acciones libres se debe a una caída: el pecado original; idea que, desde otra tradición y con algunas diferencias, ya estaba en el pensamiento precristiano de Platón. Se rompió la unidad entre razón e instinto y esto facilita la posibilidad del error. Instinto y razón en lo más íntimo están unidos, pero en un nivel práctico están separados.

Para Pascal, así como la causa del error y de la miseria moral están en el orden sobrenatural, la salida también.

Fe, religión y filosofía: un Dios personal

Tanto la idea de una razón instrumental como las filosofías que niegan el valor del pensamiento comparten lo que puede denominarse “voluntad de inmanencia”, es decir, la decisión de negar cualquier posibilidad de trascendencia. En estas perspectivas, plantear la cuestión de Dios es muestra de “un rápido decrecimiento intelectual” —en palabras de Comte (1953, p. 19)—; o, como sostienen los miembros del Círculo de Viena, “[s]i un místico afirma tener experiencias que están sobre o más allá de todos los conceptos, esto no se lo puede discutir. Pero él no puede hablar sobre ello; pues hablar significa capturar en conceptos, reducir a componentes de hechos científicamente clasificables” (2002, p. 113).

Es cierto que el tema de Dios no puede explicarse desde conceptos propios de las ciencias naturales, pero ¿acaso es el único modo de hablar de la realidad? ¿No es posible dar lugar a otra forma de razonamiento que permita encontrar aspectos que permanecen ocultos al método de la física, química o biología? Para Pascal, que también fue científico, sí es posible.

En la llamada “noche de fuego” del 23 de noviembre de 1654 tuvo una vivencia intensa de Dios que plasmó en *El memorial*. Allí dice:

Dios de Abraham, Dios de Isaac, Dios de Jacob
no de los filósofos y los sabios
Certidumbre, certidumbre, sentimiento, gozo, paz
Dios de Jesucristo.
Deum meum et deum vestrum
Tu Dios será mi Dios
Olvido del mundo y de todo salvo de Dios.
Sólo se halla por las vías enseñadas en el Evangelio
Grandeza del alma humana
Padre justo, el mundo no te ha conocido, mas yo te he conocido
Alegría, alegría, alegría, lágrimas de alegría. (L 913)

Pascal expresa en estas líneas que Dios no es una mera idea, sino alguien real con quien nos vinculamos personalmente, alguien a quien acudir en alegrías y tristezas, y —por qué no— alguien ante quien podemos quejarnos. Aunque contrapone el Dios de la religión con el Dios de los filósofos, Pascal no rechaza el valor del conocimiento racional del Creador. Más bien, su propuesta nos plantea un desafío crucial para la filosofía: indagar sobre la posibilidad de llegar a una noción de Dios compatible con la fe.

Pascal afirma que “hay que comenzar por mostrar que la religión no es contraria a la razón” (L12), evitando “[d]os excesos: excluir la razón, no admitir más que la razón” (L 183). Es un equilibrio entre reconocer el valor y la capacidad de nuestra inteligencia y evitar la pretensión de agotar la realidad con nuestra capacidad natural: “Si sometemos todo a la razón, nuestra religión no tendrá nada de misteriosa ni de sobrenatural. Si ofendemos a los principios de la razón, nuestra religión será absurda y ridícula” (L 173).

En este sentido, lo primero que propone es pensar la cuestión de Dios como una apuesta. Dios existe o no existe. Planteado así, hay un equilibrio de posibilidades entre una opción y otra, pero si vemos qué ganamos y qué perdemos, allí la balanza se inclina para un

lado. Es un juego en el que “si ganas, ganas todo; y si pierdes, no pierdes nada” (L418). Si sostenemos que Dios existe cuando en realidad no existe, no hemos perdido nada; pero si pensamos que Dios no existe y realmente existe, lo que perdemos es la eternidad. Por tanto, lo que está en juego es incomparablemente mayor a lo que estamos apostando.

Pero además de este juego de probabilidades, Pascal también propone un camino en línea con la tradición agustiniana. Con atinado análisis existencial, nos dice que todos hemos constatado que el presente no nos satisface jamás, somos impotentes de ser felices por nosotros mismos. Y se pregunta:

¿Qué es lo que nos grita entonces esta avidez y esta impotencia, si no es que hubo antaño en el hombre una verdadera felicidad, de la cual no le queda ahora sino la marca y la huella por completo vacía y que él trata inútilmente de colmar con todo cuanto lo rodea, buscando en las cosas ausentes el socorro que no obtiene de las presentes, pero del cual son incapaces unas como otras porque ese abismo infinito no puede ser colmado más que por un objeto infinito e inmutable, es decir, por Dios mismo? (L148).

Ni los logros, riquezas, elogios, posiciones de poder, ni inclusive los vínculos genuinos con otros seres humanos son capaces de colmar nuestro deseo de una felicidad plena, que nos complete no solo un instante, sino eternamente. Para él, esto reclama un Bien que sea absoluto, eterno, a quien podamos amar y que nos ame. Por eso, Dios no puede ser un objeto, una energía, ni siquiera el universo en su totalidad. Dios debe ser persona.

Pascal no pretende pruebas definitivas de la fe, sino un reconocimiento de que es razonable creer. Los argumentos tienen sus limitaciones, ya que solo ponen en disposición de aceptar a Dios; la vivencia de la fe proviene de Dios mismo:

De ahí que aquellos a quienes Dios ha dado la religión por sentimiento del corazón sean bienaventurados y bien legítimamente persuadidos, pero a aquellos que no la tienen no podemos dársela nosotros más que por razonamiento, esperando que Dios se la dé por sentimiento de corazón, sin lo cual la fe no es más que humana e inútil para la salvación (L 110).

Esto plantea todo un modo de entender la comunicación de la fe, en un marco de respeto a la conciencia del otro. Es la cuestión tan discutida de la tolerancia, que no implica relativismo. Una sociedad que niegue toda verdad no puede ser tolerante, porque la afirmación misma del valor de la tolerancia reclama ya sostener al menos que eso es

verdadero. Pero, además, se requieren otras verdades básicas sin las cuales no es posible construir una sociedad compartida, como el reconocimiento de la dignidad de toda persona. En un marco así, también la vivencia de la fe puede ser reconocida y propuesta por aquellos que creen, pero sabiendo que el camino no puede ser la imposición. Pascal lo expresa con mucha claridad:

La guía de Dios, que dispone todas las cosas con suavidad, consiste en poner la religión en el espíritu por las razones y en el corazón por la gracia, pero querer ponerla en el espíritu y en el corazón por la fuerza y las amenazas, no es poner la religión sino el terror (L 172).

Por eso, la verdad solo puede estar en primer lugar si está acompañada de la caridad, del amor a Dios y por Dios a los demás. “Es una falsa piedad conservar la paz en perjuicio de la verdad. Es también un falso celo conservar la verdad hiriendo la caridad” (L 950).

Conclusión

En su carta *Sublimitas et Miseria hominis*, el Papa Francisco comentaba que Pascal, mientras luchaba con la posibilidad de la muerte, afirmó que si sobrevivía a la enfermedad que lo aquejaba, dedicaría su vida al servicio de los pobres (Francisco 2023). ¿Por qué alguien que había destacado tanto en ciencia como en filosofía y teología quisiera pasar los últimos años de su vida trabajando para los demás? ¿Acaso no merecía dedicarse a descansar y a vivir para sí?

Lo mismo podemos preguntarnos nosotros, ¿por qué vale la pena entregarse al cuidado del otro?, ¿por qué vale la pena el sacrificio de tantas horas de trabajo, renunciando personales y familiares?, ¿por qué dedicar el tiempo a personas desconocidas que incluso a veces pueden ser desagradecidas? ¿Por qué? ¿Cuál es el fundamento último de todo esto?

Para Pascal la respuesta estaba en la convicción de que “[e]l único objeto de la Escritura es la caridad” (L 270) y es la caridad la que más nos asemeja a Dios porque, como se dice en la primera carta de san Juan, “El que no ama no ha conocido a Dios, porque Dios es amor” (1 Jn. 4, 8).

Referencias bibliográficas

Asociación Ernst Mach. “La concepción científica del mundo: el Círculo de Viena”. *Redes* 9, n.º 18 (2002): 112-116.

Comte, Auguste. *Discurso sobre el espíritu positivo*. Madrid: Aguilar, 1953.

Francisco. *Sublimitas et Miseria hominis*. Ciudad del Vaticano: Librería Editrice Vaticana, 2003.

La Biblia. Latinoamericana. Madrid: Editorial Verbo Divino, 2005.

Lanzi, Juan Ignacio. *Blaise Pascal. La paradoja de “miseria y grandeza” en el hombre*. Tesis de licenciatura. Santa Fe: Universidad Nacional del Litoral, 2023.

Leocata, Francisco. “Pascal y la crisis de la razón”. *Sapientia* 55, n.º 207 (2000)

URL=<https://repositorio.uca.edu.ar/handle/123456789/12712>

Leocata, Francisco. *Filosofía y ciencias humanas: hacia un nuevo diálogo interdisciplinario*. Buenos Aires: Educa, 2010.

Leocata, Francisco. *La vertiente bifurcada. La primera modernidad y la Ilustración*. Buenos Aires: Educa, 2013.

Lutz, Antoine, Jean-Philippe Lachaux, Jacques Martinerie y Francisco J. Varela. “Guiding the study of brain dynamics by using first-person data: Synchrony patterns correlate with ongoing conscious states during a simple visual task”. *Proceedings of the National Academy of Sciences* 99, n.º 3 (2002): 1586-1591.

Marcos, Alfredo, “Con Covid o sin Covid: la vulnerabilidad humana”. *Cuadernos de Bioética* 31, n.º 102 (2020): 139-149.

Pascal, Blaise. *Pensamientos*. Estudio, edición, traducción y notas de Gabriel Albiac, Madrid: Tecnos, 2018.

Varela, Francisco. 2001. “Entrevista a Francisco Varela por Cristián Warnken Lihn”, *La belleza del pensar*, URL=<https://youtu.be/cW50jfsi8Y0>